

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

El loco Laso y la Plaza Montt

Hace ya no sé cuántos años, un grupo de estudiantes secundarios y universitarios que nos reuníamos en la Plaza Pedro Montt a calentar exámenes, a discutir arduamente cómo podía arreglarse el mundo y, también, a iniciarnos en inocentes aventuras sentimentales, fundamos el Club Estudiantes de Los Guindos. En estos días el Club está de aniversario, y como suele suceder en estas ocasiones, no he podido abstraerme de caer en nostálgicos recuerdos.

Así, evoqué los nombres y apodos de los que fueron mis compañeros en la Plaza Montt: El Vali, que fue el primer presidente del Club, el Pata de Mula, el Gervasio Aranda, el flaco Videla, el Caballo Torreblanca, el Chanco Ovalle, por nombrar a algunos, pero la figura que se impuso en mis recuerdos es la del Loco Laso. Tal vez porque éramos muy amigos; quizás porque fue el que, dentro del grupo, sorpresivamente exhibió el mayor talento; seguramente porque ya no está con nosotros.

Jaime Laso Jarpa era el hijo menor de don Olegario Laso, ilustre escritor, autor de "Cuentos Militares". Vivía a dos cuadras de la plaza en la calle Diagonal Oriente y pololeaba con Marcela. En la época que lo conocí el Loco ni trabajaba ni estudiaba, lo que significaba que sus bolsillos

eran tan escuálidos como rebosante era su imaginación. Para conseguir dinero, solía ofrecer apuestas de que se atrevería a hacer las más extrañas hazañas. Un día, cuando los demás preparábamos exámenes en la plaza, el Loco Laso apostó que era capaz de sumergirse vestido en la pileta de la plaza.

Aceptamos el reto, y pronto la orilla de la pila estaba adornada por billetes y monedas que serían el premio si el Loco cumplía su promesa. Y lo hizo. Se extendió a lo largo de la pila de aguas muy poco claras y dándose un impulso se sumergió entero. Después tomó

apresuradamente su premio y se fue corriendo, estilando agua, a su casa. Esa imagen la tengo grabada nítidamente.

Obligado por las circunstancias, Jaime Laso entró a trabajar en un puesto administrativo en la Empresa Zig-Zag, y junto con hacerlo comenzó a escribir una novela

de la que poco hablaba. Un día me lo encontré con aspecto triston. "¿Qué te pasa, Loco?, le pregunté. "Es que acabo de terminar mi novela y fregué a mi protagonista. El imbécil se enamoró, se casó y ahora quedó condenado a vivir una vida mediocre en un trabajo miserable. Cayó en el cepo". Se



refería a "El Cepo", su primera novela, que al ser publicada colocó a Jaime Laso entre los mejores exponentes de la generación del 50.

Pasaron los años y un día se me apareció en mi oficina de la Caja de Empleados Públicos. "No aguanto más. Si no me voy de Zig-Zag terminaré en el cepo igual que mi personaje. Tengo que jubilar". Le expliqué que con sus pocos años de imposiciones no podía jubilar. "¿No hay ninguna posibilidad?" insistió Jaime. Le respondí que la única forma de jubilar para él era invocar incapacidad física, que yo al menos la veía rozagante. "Es buena idea", me dijo y se fue. Después de unos

meses llegó a mi escritorio el expediente de jubilación de Jaime Laso Jarpa. La causal era incapacidad por esquizofrenia. Con su experiencia, Jaime había logrado engañar a los médicos y convencerlos de que estaba loco.

Una vez jubilado se fue a la

costa a escribir. Un día supo de una experiencia científica que se estaba proyectando y que consistía en viajar de Chile a la Oceanía en una balsa endeble que se llamaba Kontiki. El Loco Laso pensó que era la gran oportunidad para saciar su sed de aventuras. Fue a Santiago y le pidió a su padre que por favor intercediera ante su amigo el Presidente Ibáñez para que lo aceptaran dentro de la tripulación de la Kontiki. Don Olegario fue a hablar con su antiguo camarada del Ejército, quien lo escuchó atentamente, apuntó los datos en una libretita y le aseguró a don Olegario que su hijo realizaría el viaje que quería. Pero la Kontiki partió sin el Loco Laso. El ya se había olvidado del asunto cuando le llegó una carta ordenándole que se presentara en el Ministerio de Relaciones Exteriores a asumir un cargo. ¿Qué había sucedido? El Presidente Ibáñez revisó su libreta y se encontró con los nombres de don Olegario y su hijo Jaime. ¿De qué se trataba? Recordaba vagamente que era algo relacionado con viajes. "¡Ah, sí! Debe ser un cargo en Relaciones Exteriores". Y el Presidente dio la orden y mi amigo Laso nuevamente cayó en "El Cepo". Fue nuestro representante en Haití y de esa experiencia surgió una nueva novela. Regresó a Chile y una mañana su esposa fue a averiguar por qué no se había levantado. Estaba muerto.

PARLAMENTO

Las ciudades del centrosur se han ido convirtiendo en islas urbanas, rodeadas de un mar de familias campesinas que se han convencido de que allí está la solución de todos los problemas que pudieran tener.

El ambiente laboral rural se presenta poco propicio para que los campesinos piensen en seguir siendo tales, disfrutando de la gran riqueza de vivir en lo que les gusta y produciendo para el país.

Pero la culpa no es del campesino, ni del empresario, ni mucho menos del trabajador agrícola, pues ellos piensan que la tranquilidad y, más que nada, la posibilidad de una merecida prosperidad, se están quebrando por obra de una serie de injusticias e indiferencias.

La empresa agropecuaria, una de las fuentes laborales más importantes de Chile, se encuentra contra la pared de una política de insensibilidad e indefinición, que está obligando a centenares de familias a buscar horizontes desconocidos. Eso pasa cuando directa o indirectamente se fomenta una competencia desequilibrada, debido a la llegada de productos extranjeros subvencionados en su país de origen y debido a que los precios vigentes no

compensan la inversión y el esfuerzo.

En esas condiciones, ¿cómo pedirle al productor que no sienta recelo?, ¿cómo motivar al trabajador agrícola para que se quede, cuando es testigo de lo que está pasando con la empresa en que labora? Es por eso que la familia campesina, en lugar de pedir que le aumenten los beneficios, prefiere irse a la ciudad.

¿Cómo convencer hoy a los muchachos del campo que estudian en las ciudades, de que mañana deben regresar a la siembra, a triunfar como campesinos progresistas, para hacer realidad sus sueños personales, si están viendo que el espejismo de las ciudades es más atractivo?

En la actualidad Chile está inmerso en un cronograma de cumbres internacionales, donde, se supone, estamos entregando nuestras buenas experiencias, nuestro talento, nuestra capacidad de competencia, para enfrentar los grandes problemas que afligen al mundo en el siglo que se va y estudiar la forma en que nos adentraremos en el siglo que viene.

Chile es un país rico en

cumbres, y también en llanuras, montañas, bosques y ríos. Esa es la primera cumbre que debemos conquistar: la cumbre social, para lo cual tenemos que elevar las condiciones de trabajo del campo, y librarlo de la competencia desventajosa que representan los productos extranjeros.

Entonces, la primera cumbre que tenemos que ganar los chilenos está en Chile, está en el campo, en ese campo que alimenta a las ciudades, que vigoriza la salud ciudadana, que vigoriza nuestra economía, que vigoriza nuestra nacionalidad. El campo no puede seguir mandando a su rico capital humano a hacinarse en poblaciones, para vivir en condiciones que no se merecen. Todos tienen derecho a un mundo mejor.

Ojalá esos hombres, esas mujeres y esos jóvenes, esos campesinos, empresarios y trabajadores, tuvieran televisión y satélite, para hablar sobre esta cumbre y para proponer políticas sensatas y realistas, que ayuden a chicos, medianos y grandes, para que se reparta

riqueza y no pobreza.

No bastan los discursos de buenas intenciones, aunque

HARRY JÜRGENSEN

sean a nivel internacional. Nuestra primera cumbre está en Chile, nuestras llanuras también, es nuestro campo chileno...

Diputado RN.

Cumbres y llanuras

PALOMO

COPIONES

...FUENTES BIEN INFORMADAS, NO AVISARON NI DESMINTIERON EL RUMOR QUE CEPE A LA UNIVERSIDAD DE CHILE EL 10 POR CIENTO DE LA VENTA DE MOTE CON HUESILLOS!

